

La última vez. a Tomás

Fue la última vez que te vi. La última vez que pude charlar contigo. La última vez que yo disfrute de tu compañía... espero que no sea la última vez de "todo", se que nos volveremos a encontrar y seguiremos donde lo dejamos, allí mismo...

Tú estabas, como de costumbre, sentado en tu sillón favorito pero no eras el mismo, con el que yo solía encontrarme, el que yo siempre conocí. Tu corazón ya no era el que con tanta fortaleza te había mantenido tan activo durante toda tu vida, estaba debilitado, triste, señalado por la muerte. Tus ojos, cabizbajos, sin apenas fuerza por mirar al frente, mostraban aquella falta de fortaleza y seguridad. Tu sonrisa, desaparecida, me sumía en tal tristeza que deseaba salir de aquella habitación corriendo despavorido... tu sonrisa me causaba dolor, pena, melancolía y yo, no quería verte de esa manera, no sin tu sonrisa.

Deseabas desesperadamente "echarte un pitillo" pero lo tenías prohibido, el disfrute de tantos años se había convertido en tu agonía mortal . Deseabas desesperadamente comerte un "buen guiso de la Tía" pero lo tenías prohibido, el buen gusto de las comidas se había limitado a los sinsabores culinarios, sanadores pero nada gratificantes a tu paladar. Deseabas desesperadamente tomarte una "cañita fresca en el Maño" pero lo tenías prohibido, el aperitivo del domingo con aquellos encurtidos "teta de novicia" se convirtieron en reposo, zumo, agua y alguna galleta. Deseabas desesperadamente darte un "garbeo para regar las rosas y las hortensias" pero lo tenías prohibido, el conductor de primera, solvente y experto, ahora tenía que pedir ayuda para moverse en cuatro ruedas, ni la "directa" te respondía. Deseabas desesperadamente que nos volviésemos a reunir todos juntos delante de alguna celebración "no es lo más bonito que estemos todos juntos" pero lo tenías prohibido, ver disfrutar a todos sin poder disfrutar ni de ti mismo resultaba humillante. Deseabas desesperadamente que alguien te dijese que aún te quedaban muchos años de vida pero "copón bendito" nadie se atrevía a decirte la verdad, ni tan siquiera se hablaba del tema, no era necesario; cuando la sombra del mas allá ronda por la habitación, tu eres el primero en notar su presencia, en saber que aquella compañía sombría nunca te abandonará, una fiel compañera; notabas tan cerca el fin, que apenas podías decir palabra alguna y tan solo te limitabas a asentir con la cabeza reflejando las afirmaciones y negaciones a mis preguntas aún de "tirillas y cigalita" deseoso de volver a escuchar alguna de tus anécdotas de tu hambrienta infancia, o de tu interminable servicio militar, o de tu entrega total al taller mecánico, tu vida.

Te encontrabas cansado y más aún, agotado de tan fastidiado e interminable final. Si la sombra de la dama negra tenía que bailar la última pieza agarrada, por qué no atacaba directamente y se dejaba de tantos rodeos, de tantos paseos, de tantos titubeos; al final iba a lograr su propósito y de esta manera, lo único que conseguía, era agotar incluso al ser más paciente, más tranquilo, más fuerte y más feliz de este mundo.

Si hubieses sido mi padre, hubiese sido un buen padre, pero no dudes que sí lo eras... un padre. Tus consejos, que por supuesto sigo aplicando para mi vida cotidiana, cada día, eran de padre que se preocupa por su hijo, eran de amigo con el cual se puede hablar con toda confianza, eran de un gran ser humano que se ocupa de los suyos y mira sin envidias a los demás... humano. Mi coche, ya no volverá a ser reparado por un mecánico de uñas negras, de dedos hábiles desgastados por la "llave del 12-13", de oído fino ante el rodar de un motor, de determinaciones claras a la hora de apretar un tornillo y realizar el ajuste exacto y de satisfacción porque pudiese volver a casa en mi coche recién reparado, aunque aquello hubiese supuesto ponernos de grasa hasta las cejas, de machacarnos los dedos y destrozarnos la espalda.

Tu motor no puede ser reparado, ni tan siquiera por el mejor mecánico de la marca Seat. Aquel día te vi envuelto en una sábana blanca de hospital y tu cuerpo yacía sobre un mármol frío. Descubrí tus pies de la sábana y los acaricié, pies fríos, pies deformados, pies doloridos, y me despedí apoyando mi frente sobre tus dedos y con mi corazón totalmente roto presentando mis respetos ante una vida llena de ejemplo, de ternura, de calamidades, de sufrimiento y por fin paz, descanso, sosiego, tranquilidad, felicidad.

Mientras caminaba por la calle con los ojos aún humedecidos, te ofrecí un "ducados" y fumamos muy despacio, muy despacio, mientras "charlábamos de nuestras cosas", muy aburridas pero eran nuestras "cosas". Ya, no te he vuelto a ver; sé que aún sigues conmigo, a mi manera aún te siento a mi lado y ahora, cuando "saco tabaco pá fumá", tú coges siempre el primer cigarrillo, muerdes la boquilla con la dentadura y dejas que se agote entre tus labios muy tranquilamente, sin prisa alguna.©